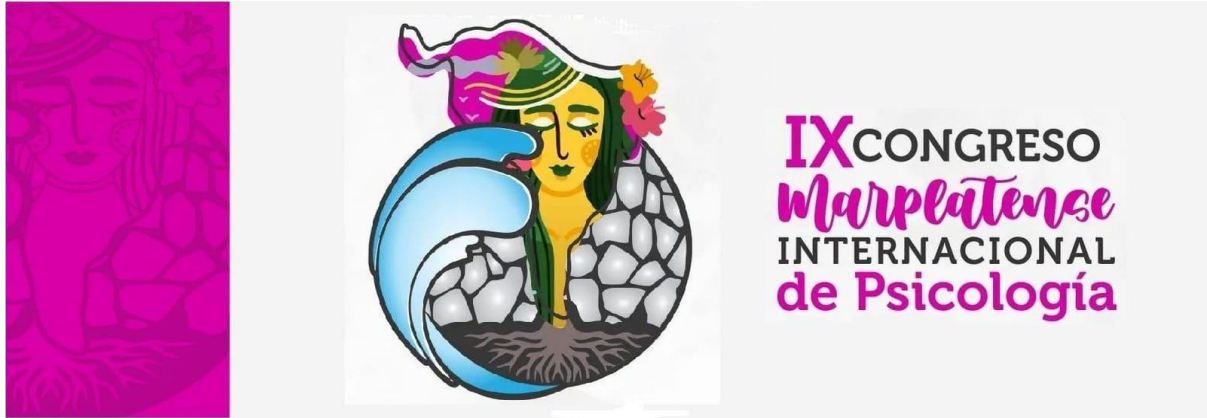




Título

Talleres de arte como dispositivos de atención en Salud Mental. Un taller literario

Autorxs:

Lic. Damián Katz, Lic. Dionisio Oscar Trassens

Mails de contacto:

damikatz75@gmail.com trassensoscar@hotmail.com

Institución y/o lugar de referencia:

Clínica Neuropsiquiátrica Clara del Mar Mar del Plata. Argentina.

Resumen:

Desde los aportes de Lacan, que el psicoanalista sea al menos dos, tiene que ver con el analista que está frente al analizante (psicoanálisis en intensidad), y con el analista que ofrece testimonio de su práctica. Es desde esta segunda posición del analista, a lo que sumamos la posibilidad de seguir trabajando desde el psicoanálisis más allá del dispositivo clínico tradicional, que hablamos de psicoanálisis en extensión.

El presente trabajo denominado “*Talleres de arte como dispositivo de atención en Salud Mental. Un taller literario*”, es una continuación del presentado en el *VIII Congreso Marplatense de Psicología de Alcance Internacional (2018)*, bajo el título “*Subjetiv-arte. Cuando las palabras habitan la ausencia*”.

El trabajo actual se ofrece como la transmisión de una nueva experiencia, registrando efectos, obstáculos e interrogantes, y una forma de entender el abordaje en salud mental a través de talleres artísticos grupales.

El *taller literario Puntos de vista* es un dispositivo funcionando dentro de una clínica de las llamadas “neuropsiquiátricas”, con pacientes agudos y crónicos internados.

El psicoanálisis ha puesto de relieve la escritura como posibilidad de suplencia, o como un modo de estabilización en la psicosis, a partir de poder hacer algo con un real, con un goce inasimilable, propiciando su acotamiento.

Frente al padecer del sujeto que lo lleva a una internación (y lo enfrenta al riesgo de hospitalismo), se pone de relieve la importancia de trabajar con este tipo dispositivos que apuestan al reconocimiento y dinamización de los recursos existentes en cada persona y en los grupos: capacidades y potencialidades expresivas, creativas, y vinculares, promoviendo y preservando el lazo social, y desmarcándose de una concepción “deficitaria” en relación a su padecimiento.

Se intenta favorecer la producción creativa/expresiva individual y como emergente grupal, permitiendo lograr efectos subjetivantes, rescatando el valor de su discurso. Se promueve el pasaje desde el lugar de pasividad “patologizante”, fomentado por el discurso amo de la psiquiatría y el prejuicio social/familiar, hacia la activa participación y asunción de otros significantes que representen al sujeto de manera más amable (por ejemplo: “soy tallerista”, “participante”, “escritor/x”, “poeta”, etc.).

La pandemia del COVID-19 ha mostrado una suerte de confluencia de distintos encierros: el encierro social *obligatorio y preventivo*, el encierro institucional que implica la internación; y el encierro subjetivo inherente al padecimiento mismo (“abulia”, aislamiento); ocasionando, además, el corrimiento del velo simbólico e imaginario, a partir de la emergencia de un *real contingente*, potencialmente traumático. De esta manera quedaron al descubierto distintos aspectos de la realidad que incrementaron el padecimiento: redes de apoyo-social familiar empobrecidas, pérdidas en lo laboral y de seres queridos, la real operatividad de las instituciones de la salud (servicios colapsados al principio de la pandemia, turnos

diferidos) dificultad en la reinserción laboral – ocupacional; y en general un deterioro del tejido social en su conjunto.

Por lo tanto, hoy más que nunca, surge como necesidad incentivar la reactivación, la creación y el sostenimiento de espacios que articulen el quehacer artístico y la salud mental bajo la modalidad de talleres grupales, como una manera de favorecer la estabilización imaginaria a través de lo simbólico, la reconstrucción del lazo social, lográndose, además, efectos en lo real.

Teniendo en cuenta el espíritu del *IX Congreso Marplatense Internacional de Psicología: De encuentros en el desencuentro. La Salud Mental Comunitaria como salida en tiempos de distancias e individualismo*”, consideramos clave la inserción y participación del rol del / lx psicólogx en este tipo de dispositivos, tanto en el contexto de internación, como fuera del mismo, desarrollando una función de promoción y prevención en salud mental, que evite futuras re-internaciones.

Eje Temático:

Abordaje de la Salud Mental

Subtema:

Psicoanálisis en extensión

Palabras claves:

taller literario – salud mental – pandemia – prevención – rol del / lx psicólogx

Desde los aportes de Lacan, que el psicoanalista sea al menos dos, tiene que ver con el analista que está frente al analizante (psicoanálisis en intensidad), y con el analista que ofrece testimonio de su práctica. (Lacan, 1974) Es desde esta segunda posición del analista, a lo que sumamos la posibilidad de seguir trabajando desde el psicoanálisis más allá del dispositivo clínico tradicional, que hablamos de psicoanálisis en extensión.

El presente trabajo denominado *“Talleres de arte como dispositivo de atención en Salud Mental. Un taller literario”*, es de alguna manera una continuación del presentado en el *VIII Congreso Marplatense de Psicología de Alcance Internacional (2018)*, bajo el título *“Subjetiv-arte. Cuando las palabras habitan la ausencia”*.

El trabajo actual se ofrece como la transmisión de una nueva experiencia, registrando efectos, obstáculos e interrogantes, y una forma de entender el abordaje en salud mental a través de talleres artísticos grupales.

El *taller literario Puntos de vista* es un dispositivo funcionando dentro de una clínica de las llamadas “neuropsiquiátricas”, con pacientes agudos y crónicos internados.

Frente al padecer del sujeto que lo lleva a una internación (y lo enfrenta al riesgo de hospitalismo), se pone de relieve la importancia de trabajar con este tipo dispositivos que apuestan al reconocimiento y dinamización de los recursos existentes en cada persona y en los grupos: capacidades y potencialidades expresivas, creativas, y vinculares, promoviendo y preservando el lazo social, y desmarcándose de una concepción “deficitaria” en relación a su padecimiento.

Se intenta favorecer la producción creativa/expresiva individual y como emergente grupal, liberando la palabra del padeciente y poniendo en valor su discurso. Se promueve el pasaje desde el lugar de pasividad “patologizante” y la rotulación diagnóstica fomentado por la práctica psiquiátrica (cuando se constituye en discurso amo) y por el prejuicio social/familiar, hacia una activa participación y asunción de otros significantes que representen al sujeto de manera más amable (por ejemplo: “soy tallerista”, “participante”, “escritor/x”, “poeta”, etc.) lográndose, de esta manera, efectos subjetivantes.

Siguiendo esta dirección, cabe aclarar que los talleres en la institución no son obligatorios, impuestos. Es decir, la idea es convocar a participar desde el propio interés por cada actividad, desde el deseo; donde se propicie el lazo social, en un espacio de intercambio.

El taller literario es un dispositivo grupal; su encuadre viabiliza la constitución de un adentro y un afuera al enmarcarse en la propuesta de un “tiempo y lugar distinto”, donde se plasman trazos, marcas subjetivas corporizadas en palabras; que a su vez hacen cuerpo en cada integrante y en el grupo.

Parafraseando a Gabriela Schtivelband en su artículo: *“El dispositivo de taller en el tratamiento de pacientes psicóticos: algunos trazos”* entendemos que un dispositivo es un artificio ficcional (y por lo tanto simbólico) destinado a la producción de efectos sobre lo real. La ficción funciona como un objeto en el que cierta porción de goce encontraría alojamiento, posibilitándose su extracción del cuerpo. (Schtivelband, 2004).

El taller literario ofrece una actividad donde algunxs encuentran un objeto que los causa, y si puede armar de eso una causa, posiblemente pueda relacionarse con el mundo desde un lugar distinto (por ejemplo a través de la poesía y no de la locura).

En tal sentido, en nuestra experiencia pudimos observar que estos efectos subjetivantes no sólo se producen a nivel del participante y el grupo, sino que se extienden a todxs lxs que transitan la institución (directivxs, profesionales, enfermerxs, familiares, auxiliares, personal de cocina y limpieza). La producción escrita, expresiva y creativa del “paciente” coloca ante los ojos de todxs algo valioso que se recorta, sorprende y que pleno de subjetividad, humaniza, propiciando “ser mirado” de otra manera ¿acaso supliendo algo de una historia signada por la imposibilidad o las fallas en el ingreso al campo del deseo, del Otro que no terminó de “mirar”, de colocar al sujeto bajo las coordenadas del estadio del espejo y del brillo del falo imaginario?: Un enfermero dice al terminar de leer un poema de una participante publicado en el libro del taller con los trabajos del grupo: “¡Mirála a Normita!...¿¡quién diría!?...¡Qué lindo poema!...y tan callada siempre”. Una enfermera que entusiasmada encarga al coordinador, año a año, el ejemplar con las producciones del taller. Uno de los psiquiatras sugiriéndole al mismo que para hacerle llegar a un paciente ya externado un poema de su autoría (escrito durante su participación en el taller), lo coloque en el folio de su Historia Clínica y que él personalmente se lo dará cuando lo atienda por consultorio externo. Vemos entonces que, de forma transversal, algo se dinamiza ayudando a registrar, a escuchar un sujeto que padece, desea, teme, se emociona...vive y crea. Que más allá de “un paciente” y una clasificación diagnóstica, de una Historia Clínica que hay que evolucionar, hay una historia de vida que se escribe y un objeto que se produce, se recorta, con los trazos singulares, con las claves de esa subjetividad.

Lacan en el Seminario 18, plantea que la escritura y la letra están en el registro de lo real, mientras que el significante es del orden de lo simbólico. De esta manera la

letra sirve de apoyo al significante. (cf. Lacan, 2009, p 114). La letra hace límite, litoral entre los dos registros. Es decir que, en lo pulsional, hay algo del significante precipitado como letra.

Poner a jugar lo real por medio de la letra y la escritura, es operar la desligazón del apareamiento simbólico-imaginario que constituye el adormecimiento del sentido. Hay escritura entonces en la medida que hay ruptura con el lenguaje. Al agujerear esas significaciones establecidas, aparece algo nuevo que crea otro saber, un saber propio que va más allá del saber del Otro. (cf. Neo Poblet; Idiart, 2014, p 58).

Sostiene Cecilia Collazo en su libro *La rosa de cobre*: “Lo íntimo del que escribe se vuelve lo íntimo de quien lee en las resonancias, en las grietas de su ser. Y así como el sentido duerme al sujeto, asomarse al vacío y al encuentro con lo Real, produce el despertar” (Collazo, 2014, p 12). En este sentido, la poesía, dentro de los géneros literarios (clasificación que, no obstante, sabemos en ocasiones relativa, cuestionable; por lo que mejor entendámoslo como “lo poético” que pudiera estar presente en cualquier texto), aparece como el que más trata con lo real. Este aspecto lo ilustra muy bien Clarice Lispector cuando sostiene: “[...] el acto de escribir surge por la vía de la imagen de la pesca, en la que la palabra es un anzuelo tratando de pescar lo que no es palabra, acto que se consuma cuando esa no palabra muerde el anzuelo” (Lispector en Neo Poblet; Idiart, Ibíd, p 57).

Podemos situar lo anterior como el motivo técnico principal por el cual el coordinador del taller literario de nuestra institución jerarquiza la poesía para trabajar en salud mental. La poesía sorprende, equivoca. Es una forma de descoagular los sentidos establecidos. Como la interpretación analítica misma, rompe con lo metonímico, produce el despertar. (cf Collazo, ibíd., p 27). Es sugerente en este punto lo que nos dice el escritor Rafael Felipe Oteríño acerca de que *la poesía no viene a decir más de lo mismo, dice “lo otro” de lo mismo* (la cursiva es nuestra). (Oteríño, 2019, p 39)

El psicoanálisis ha puesto de relieve la escritura como posibilidad de suplencia, o como un modo de estabilización en la psicosis, a partir de poder hacer algo con un real, con un goce inasimilable, permitiendo ir desde una posición de ser gozado por el Otro, hacia un acotamiento del goce.

Lacan en el seminario 3 identifica la forclusión, el rechazo del significante del Nombre del Padre como la operación propia de la psicosis. Casi veinte años después en el seminario 21, el de “Los nombres del padre” (en plural) introduce el concepto del “*ser nombrado para*”, al aludir a una función que asume lo social en lugar de la función paterna, aclarando que es signo actual de lo que ubica como una “degeneración catastrófica”: Aparece bajo el uso de la etiqueta, el diagnóstico de manual, lo universalizante que no aloja al sujeto. El sujeto no es nombrado por un padre que articule el deseo a la Ley. Estamos ante lo no dialectizable que traza al sujeto un destino: La nominación “Ud. es un esquizofrénico” por ejemplo, extrapolándola a lo que sostiene Irene Greiser en su libro “*Psicoanálisis sin diván*”, no es un significante que anude el sujeto a Otro. Es que eso le viene dado por un manual, es un calificativo que no está articulado a ningún saber que lo represente en el deseo de ningún Otro; “Ordenes de hierro” en la denominación que da Lacan, justamente porque no admite ningún deslizamiento ni sustitución significativa, e impelen al cumplimiento y lo mortífero. Sujetos que no están alojados en el discurso del Otro, desasidos del campo del deseo, y que en ese sentido se convierten en “deshechos”. Tal es así es que la única forma que encuentran de quedar alojados de alguna manera, es desde este tipo de ordenamiento, “de hierro”, que fija un destino. (cf. Greiser, 2012, p 63). A este respecto es ilustrativa la presentación de un participante, en su primer día en el taller literario: “Que tal, soy esquizoide” dice casi como si fuera su propio nombre, su “tarjeta personal”. El ser nombrado por un manual aparece como rasgo de identificación para un sujeto que sin embargo, con el tiempo, mediante el establecimiento de la transferencia con el grupo, el coordinador, y con la tarea, pudo poco a poco ser alojado desde otro lugar. “Soy poeta” sostuvo Martín, además de escribir su propio nombre al finalizar sus textos. Otra pequeña viñeta que ilustra esta cuestión es la siguiente: Natalia, al poco tiempo de ingresar a la institución, es entrevistada por la psicóloga en forma individual, junto a una pasante de la carrera de Psicología de la UNMdP. En un segundo momento la paciente es invitada a participar de otro dispositivo grupal, al cual también asistió la pasante. Posteriormente esta observa que los planteos que Natalia realiza espontáneamente en el espacio grupal, difieren marcadamente de lo expresado en la entrevista clínica individual. Tanto a nivel de discursivo como del contenido, parecería lograr desmarcarse del discurso amo de un manual.

O sea, en la disyuntiva entre el vacío (velado en el neurótico por la pantalla del Otro; expuesto, sin velo, en el psicótico) y el “orden de hierro” (que obtura ese vacío colmándolo de sentido, ejemplo: “soy Maniaco-depresivo” “soy Bipolar” , “Nosotros los locos...”, “Soy enfermx, no puedo”) se ofrece la escritura como la posibilidad de hacer algo distinto con ese vacío, permitiéndole al sujeto un mejor destino (“poder tomarse el colectivo correcto” al decir de lxs participantes de aquel otro dispositivo grupal, en el sentido de poder trazar un camino propio). Al decir de Elizabeth Barral: “Equivocar las voces, hacer otra cosa con las voces que nos han marcado, es tal vez la puesta en acto de la escritura” (Barral en Neo Poblet; Idiart, op cit, p 102).

La escritura puede situarse como acontecimiento del cuerpo. Sabemos que para el psicoanálisis el mismo no está dado de antemano; sino que se construye desde el campo del Otro. “Sustancia gozante cosida por la palabra”. (Collazo, op cit, p 31) Así parece intuirlo la poeta argentina Alejandra Pizarnik cuando dice “haciendo el cuerpo del poema con mi cuerpo”. (Pizarnik, 2013: 269-270). Entonces, si cuerpo y escritura están íntimamente ligados, ¿podemos pensar que hay algo de resultar escritos en el mismo acto de escribir, donde ya no seremos los mismos luego de esta experiencia?

¿En el libro *“¿Qué se escribe cuando se escribe?”*, Damián Katz, co-autor del presente trabajo y coordinador del taller literario en la institución, refiere:

Desde hace varios años vengo comprobando este efecto en el cuerpo que produce la poesía. Pude observar en reiteradas ocasiones como participantes internados que están inicialmente aislados, cabizbajos, depresivos (en términos de la semiología psiquiátrica abúlicos, o “aplanados afectivamente”, muchos de ellos con un diagnóstico de psicosis) luego de haber participado en la actividad, con una sonrisa en su rostro me han dicho: “¡gracias, me hizo muy bien!, ¿cuándo será el próximo encuentro?”. Hay algo en la poesía que favorece el lazo social, y lo potencia a partir del trabajo experimental y lúdico con la palabra en un contexto grupal. Así es que la poesía de alguna manera nos rescata, sobre todo ante situaciones de vulnerabilidad psicosocial. (Katz, 2020)

Podemos pensar que la producción poética (si bien toda producción simbólica, del lenguaje lo hace) aporta ficciones que pasan a estar disponibles para el velamiento necesario de lo real (¿de ahí su efecto estabilizante?). Ficciones literarias, de las cuales, a diferencia del delirio, se puede entrar y salir, servirse de ellas, ponerlas en relación, dialectizarlas. Asimismo, un dispositivo grupal constituye otra ficción: la de ir trazando un adentro y un afuera en el tiempo y espacio que se recorta, inherente al encuadre y dinámica del taller. (cf. Schtivelband, op cit.). Dada la consigna general de atreverse a jugar con las palabras en su valor más simbólico y connotativo, nos

recuerda ese espacio transicional que situó Winnicott, a salvo de explicitar qué es lo objetivo y qué lo subjetivo (Winnicott,1993). Espacio ficcional que nos permite habitar un lugar en el mundo, desde donde a su vez leer la realidad y hacer algo con ella.

Si sólo con intención esquemática equiparamos realidad a real, podemos decir entonces, tal como adelantó Juan Gelman, que la poesía “devela la realidad velándola” (Gelman, 2000). La poesía inquiere, interroga, abre caminos inexplorados; o sea es una forma fugaz de velar y develar, que está en permanente movimiento. Y en este punto es oportuna la célebre frase del gran poeta argentino: “¡Quién pudiera agarrarte por la cola magiafantasmanieblapoesía!. (Gelman, 1989) Por otra parte, sabemos que lo real como causa de deseo, aparece bajo la forma de la hiancia, de la grieta, el vacío (cf. Lacan, 1964, p 29-30) Para Pizarnik justamente la poesía es lugar de encuentro con lo que no está (cf. Oteriño, op cit, p 30). Encuentro que, al fin y al cabo, podemos decir nunca se produce, pero que impulsa la búsqueda (cf. Katz, op cit)

La pandemia del COVID/19 ha mostrado una suerte de confluencia de distintos encierros (el encierro social *obligatorio y preventivo*; el encierro institucional que implica la internación; y el encierro individual, subjetivo, inherente al padecimiento en sí (abulia, aislamiento). Compleja coyuntura que ha producido un corrimiento del velo simbólico e imaginario, a partir de la emergencia de un *real contingente* (al decir de Clara Cruglak) potencialmente traumático. Decimos “potencialmente”, ya que lo traumático no está dado por la contingencia en sí, sino en cómo impacta ese real en cada sujeto. (cf. Cruglak, 2000). No obstante, en la Pandemia, quedaron al descubierto distintos aspectos de la realidad que incrementaron el padecimiento: redes de apoyo-social familiar empobrecidas, pérdidas de seres queridos y de trabajo, la real operatividad de las instituciones de la salud (servicios colapsados, turnos diferidos) dificultad en la reinserción laboral – ocupacional; y en general un deterioro del tejido social en su conjunto.

En relación al aislamiento social *obligatorio y preventivo* que implicó la interrupción de los vínculos significativos (familia, pareja, amigxs), se produjo el incremento de la incertidumbre y la angustia, a partir de fechas inciertas respecto de las visitas, salidas de permiso y altas. A lo que se sumó otras incertidumbres, aun mas vitales,

como por ejemplo el temor a la pérdida de un ser querido o incluso a la propia muerte por contraer el virus; el otro como amenazante por el peligro de contagio; y el tiempo de espera de la vacunación. Si bien desde la institución se intentó dar continuidad a dichos vínculos a través de llamadas telefónicas y/o videollamadas, estos no llegaban a suplir la presencialidad tan deseada.

En esta inédita y difícil situación, los dispositivos grupales comienzan entonces a ocupar un lugar fundamental. A modo de ejemplo, ante el cambio de día del dispositivo de terapia grupal, los padecientes refieren “si acaso el coordinador ¿también los va a abandonar?” haciendo referencia a la carencia de la red social familiar.

Una forma de interpelar estos “encierros” y reducir su impacto, ha sido desde el trabajo interdisciplinario e inter-talleres, participando en muestras artísticas con producciones propias, en espacios presenciales abiertos y también virtuales, favoreciendo la integración social.

Por lo tanto, capitalizando la experiencia vivida, hoy más que nunca, surge como necesidad incentivar la reactivación, la creación y el sostenimiento de dispositivos grupales que viabilizando la palabra, propicien la reconstrucción del lazo social, articulando el quehacer artístico y la salud mental bajo la modalidad de talleres, como una manera de operar sobre lo real y favorecer la estabilización imaginaria a través de lo simbólico.

Teniendo en cuenta el espíritu del *IX Congreso Marplatense Internacional de Psicología: De encuentros en el desencuentro. La Salud Mental Comunitaria como salida en tiempos de distancias e individualismo*”, consideramos clave la inserción y participación del rol de las psicólogas y psicólogos en este tipo de dispositivos, promoviendo prácticas subjetivantes que reconozcan y utilicen los recursos saludables que hay en cada persona y en cada grupo; favoreciendo el lazo social, la asunción de roles activos y la autogestión; tanto en el contexto de internación como fuera del mismo, desarrollando una función de promoción y prevención en salud mental que evite futuras re-internaciones.

Para finalizar, es nuestro deseo haber motivado algunos interrogantes que pudieran funcionar como causa para la elaboración de futuros trabajos.

Bibliografía

- Collazo, C. La rosa de cobre. Letra Viva. Bs. As. 2014
- Cruglak, C.: Clínica de la identificación. Ed. Homo Sapiens, Rosario, 2000.
- Gelman, J.. Página/12. Publicación del domingo 26 de noviembre de 2000. Pag 40. Buenos Aires
- Gelman, J.: Violín y otras cuestiones. Ed. Libros de Tierra Firme, Buenos Aires, 1989.
- Greiser, I. Psicoanálisis sin diván. Ed. Paidós. Bs. As. 2012
- Ioskyn, J.: Literatura y vacío. Psicoanálisis, escritura, escritores. 1era. Edición. Bs. As. , Letra Viva, 2013
- Katz, D. "Qué se escribe cuando se escribe". Edit. Lágrimas de Circe. Mar del Plata, 2020
- Lacan, J. (1954-55) El Seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud. Ed Paidós.
- Lacan, J. (1964) El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis. Ed Paidós.
- Lacan, J. (1955). Capítulo 1. El seminario 3. Las psicosis. Buenos Aires: Paidós. 1999
- Lacan, J. (1974) El Seminario. Libro 22. RSI. Clase 2 del 10 de diciembre.
- Neo Poblet, N; Idiart, G. (compiladores). La máquina Des-escribir: El Sujeto entre líneas- 1er, Bs. As, Letra Viva, 2014
- Oteriño, R. F. Una conversación infinita. Ed. Del Dock. Bs.As. 2016
- Pizarnik, A.: Diarios. Alejandra Pizarnik (ed. Ana Becció). Barcelona: Lumen. 2013
- Pizarnik, A: Poesía completa (ed. Ana Becció). Barcelona: Lumen. 2013
- Schtivelband, G.: "El dispositivo de taller en el tratamiento de pacientes psicóticos: algunos trazos", 2004. Disponible en: <http://www.elsigma.com/hospitales/el-dispositivo-de-taller-en-el-tratamiento-de-pacientes-psicoticos-algunos-trazos/6230>
- Winnicott, D. Realidad y juego. Edit. Gedisa. Barcelona. 1993

